

“Cruzamos el Anduin y fuimos a aquellas tierras, pero encontramos un desierto. Todo había sido quemado y arrancado de raíz, pues la guerra había visitado esos lugares. Pero las Ents-mujeres no estaban allí. Mucho tiempo las llamamos, y mucho tiempo las buscamos; y a todos les preguntábamos a dónde habían ido las Ents-mujeres. Algunos decían que nunca las habían visto, y algunos decían que las habían visto yendo hacia el oeste, y algunos decían el este, y otros el sur. Pero fuimos a todas partes y no pudimos encontrarlas. Nuestra pena era muy honda.”

-Bárbol, El Señor de los Anillos: Las Dos Torres.

Plic.

Plic.

Un ojo verde se abrió a este mundo por primera vez.

Plic.

Las gotas resbalaban. Se colaban entre las ramas y las hojas, deslizándose lentamente sobre la corteza rugosa, hasta llegar a un nudo en la parte media del grueso tronco que se asemejaba sospechosamente a una nariz. El árbol estornudó, agitando la cabeza, produciendo un hermoso sonido de hojas meciéndose al viento y provocando una ligera llovizna que terminó de empapar las raíces.

El segundo ojo se abrió entonces, al mismo tiempo que una extraña grieta en la corteza, parecida a una boca, se ensanchaba para proferir un enorme bostezo.

El árbol había estado medio despierto durante mucho tiempo, y ahora el agua de lluvia le ayudaba a salir por fin de su largo duermevela. Asombrado, probó a retorcer de nuevo lo que ahora sentía como su cuello, y un agradable crujido resonó por el bosque, como el imposible deslizamiento de algún tipo de madera, una sobre otra. Probó a mover la parte inferior de su tronco, y su asombro creció aún más cuando las raíces se levantaron de la tierra, asemejándose a dos enormes y alargados pies de siete dedos. Estirándose entero, desde las puntas de sus recién descubiertos pies hasta sus hojas más altas, el árbol terminó de desperezarse y miró a su alrededor.

Sus ojos se movieron de un lado para otro, en un principio mareados. *Eran de color castaño, atravesados por una luz verde, profundos y penetrantes*¹. Tenían en ellos la juventud de una

¹ *“Uno hubiera dicho que había un pozo enorme detrás de los ojos, colmado de siglos de recuerdos, y con una larga, lenta y sólida reflexión; pero en la superficie centelleaba el presente: como el sol que centellea en las hojas exteriores de un árbol enorme, o sobre las ondulaciones de un lago muy profundo. No lo sé, pero parecía algo que crecía de la tierra, o que quizá dormía y era a la vez raíz y hojas,, tierra y cielo, y que hubiera despertado de pronto y te examinase con la misma lenta atención que había dedicado a sus propios asuntos interiores durante años interminables.”* –J.R.R. Tolkien sobre los ojos de los Ents, El Señor de los Anillos: Las Dos Torres.

cordillera recién nacida, aún musgosa, verde y afilada, pero también parecían un hondo abismo, como si al mirarlo todas las criaturas fueran a sumergirse en un en parte terrorífico precipicio temporal. Y es que la inmortalidad no es para los mortales. Y las inconmensurables distancias temporales, aunque no se hagan eternas, pueden provocarles la misma desesperación y desconcierto.

El entando, por denominarlo de esta forma, se descubrió a sí mismo solo en medio de un bosque cerrado. El aire estaba increíblemente recargado, tanto que a un hombre le habría costado respirar allí, y se sentía extremadamente viejo y quieto. Los árboles a su alrededor eran gruesos y estaban retorcidos. Parecían milenarios y bastantes de ellos estaban cubiertos de líquen blanco, que hacía parecer que tuvieran barba. El entando se puso en camino, vagando de un lado a otro, sin un rumbo fijo. Paseó durante horas, días, o incluso semanas: nunca llegaremos a saberlo, puesto que el tiempo pasa de forma muy diferente para los Ents.

En algún momento se encontró con un pequeño arroyo, que corría a lo largo de un cauce seco con una anchura considerablemente mayor. Estirando sus extremidades cruzó el río sin problemas, y lo siguió hacia el noroeste durante un tiempo, por mera curiosidad. Pronto se dio cuenta de que muchos árboles se estremecían a su paso, o parecían levantar las ramas para dejarle pasar. Se preguntó si aquellos árboles estarían en aquel letargo en que él se había encontrado sumido hasta hace tan poco tiempo.

Después de mucho caminar, se detuvo de repente. Estirando sus ramas tanto como pudo consiguió elevar los ojos por encima del nivel de las copas de los árboles, y miró a su alrededor. Los rayos de sol lamieron deliciosamente sus hojas húmedas, y la luz se reflejaba en las hojas de los árboles y en las ramas, creando un hermoso efecto de luces y sombras. El cielo estaba azul y bien despejado. A lo lejos, al oeste, se erguían amenazadoras unas montañas; a unas cuantas millas aún. Hacia el norte sólo se veían árboles y más árboles. Volvió la cabeza hacia el sur, donde el terreno parecía suavizarse lentamente, volviéndose menos accidentado. Volvió a encogerse sobre sí mismo y decidió tomar este último camino.

Poco tiempo después volvió a encontrarse con el río. Volvió a cruzarlo, y lo siguió aguas abajo, hacia el sureste. Había algo en el aire, una extraña agitación, como si en aquella parte el bosque estuviera más... vivo.

Pasó muy poco tiempo hasta que empezara a oírlo: un débil canturreo que se colaba entre las ramas y le reconfortaba el corazón. Se dejó guiar por el sonido, a veces una especie de crujido o zumbido, a veces palabras claras que no conseguía desentramar, debido a la distancia.

“Recorrí en verano los olmedos de Ossiriand.

¡Ah, la luz y la música en el verano junto a los Siete Ríos de Ossir!”²

Pronto el zumbido volvió a hacerse ininteligible. El joven entando siguió con su marcha, esperanzado. ¡Pronto se encontraría con alguien con quien hablar! Ya no estaría solo.

² Todas las canciones que canta Bárbol en este relato, indicadas en cursiva, han sido escritas por J.R.R. Tolkien en *El Señor De Los Anillos: Las Dos Torres*.

El sonido se interrumpió bruscamente, y el entando se detuvo. Escuchó.

No se oía nada.

Animado, continuó con la marcha en la misma dirección que había seguido hasta entonces, caminando rápido, extendiendo al máximo sus piernas sorprendentemente flexibles, aferrándose con fuerza a la roca y a la tierra antes de soltarla rápidamente con cada nueva zancada.

Pronto el terreno empezó a elevarse, de forma suave, casi imperceptible. Delante del entando había una pequeña colina, una cornisa apenas. Una figura se encontraba erguida en la cima, mirando hacia las alturas, canturreando ahora, callando repentinamente. Respiraba ruidosamente, como si estuviera ocupada en disfrutar del aire que inhalaba, pero aparte de eso permanecía inmóvil. La figura parecía humanoide, robusta, con una cabeza grande; de unos catorce pies de altura, y recubierto de una corteza parda y lisa. Una larga barba cubría la parte inferior de su cara.

El Ent inclinó la cabeza y miró al Entando.

*“Cuando llegue el invierno, y terminen los cantos; cuando las tinieblas caigan al fin;
Cuando la rama estéril se rompa, y la luz y el trabajo hayan pasado,
Te buscaré, y te esperaré, hasta que volvamos a encontrarnos;
¡juntos tomaremos el camino bajo la lluvia que golpea!”*

-¡Hum, hrum! Qué tenemos aquí? —el entando hizo ademán de responder, pero la extraña figura prosiguió desde la colina, traspasándolo con sus ojos penetrantes-. Veo que la *entización* sigue su camino. Una pena sería, en el caso contrario, puesto que cada vez más Ents se duermen y se vuelven arbóreos. ¡Los Ents no somos criaturas acostumbradas a los sobresaltos! Dales una excusa para permanecer quietos y no sabes si volverán a poner en movimiento sus raíces. Dales una pequeña aventura y dormirán durante siglos.

Se detuvo entonces por unos instantes, distraído, como si algo en su interior hubiera llamado su atención. Soltó un suspiro, y susurró, en un tono de voz apenas audible:

-¡Ay! Ya hace muchos años desde que recibiera aquella visita en esta misma Colina.

Su voz era profunda y grave, y hablaba de forma lenta, con el mismo ímpetu paciente que lleva el viento que retumba entre las rocas de un gigantesco cañón. Sus palabras relajaban el corazón del entando, como si, sin saberlo, hubiera estado sometido a una gran ansiedad que ahora se desvaneciera por momentos.

Intentó responder, pero sólo una especie de crujido profundo brotó de su boca. Ladeó la cabeza y emitió otro sonido, confuso.

-¡Ah, no te impacientes, proyecto de Ent! Verás, tienes años y años de vida por delante, siendo tan activo y vivaz como pareces, pero antes de empezar a hablar, ¡te queda mucho que escuchar! Por ahora te acogeré bajo mi protección, y te enseñaré nuestros dominios, este bosque que es tan tuyo como mío. ¡Acércate, ven conmigo! Desde esta colina se ve mucho mejor. Ahora hay mucho que debes aprender, y tiene demasiada importancia como para ser relatado en la apresurada lengua de los mortales. Hum, sigue resultándome curioso, el tener que referirme en términos tan sencillos a seres que existen desde hace tanto tiempo. Brum, hum, hrum. Sube, acércate.

Bárbol, o Fangorn, como se identificó la figura, esperó pacientemente a que su pupilo escalara la cornisa. Juntos contemplaron el cielo, ya nocturno, en silencio. Era una noche cercana a la luna llena, y por eso apenas había estrellas. El cielo era claro, y la luz de la luna bastaba para iluminar el bosque y las tierras de más allá. Todo se veía envuelto en una delicada bruma nocturna, y una brisa fresca flotaba hacia abajo desde las Montañas al oeste. Pasó tanto tiempo que el Entando se preguntó si Bárbol hablaría algún día.

Finalmente, con un suspiro, Bárbol inició su larguísimo relato. Habló al Entando durante días y días, en la hermosa y desahogada lengua de los Ents, mientras el Sol salía y se escondía tras las montañas, y la Luna le relevaba en su tarea de iluminar los campos, y las estrellas brillaban parpadeantes, como un guiño hacia los mortales de allá abajo en Arda. Habló mientras se sucedían días de sol y de lluvia, cielos encapotados, mañanas frías invernales y vientos del este.

Habló sobre el nacimiento de los Ents, obra de los Elfos, y sobre el bosque de Fangorn. Habló sobre las criaturas vivientes, usando viejas canciones que las listaban:

*“El Enano que habita en moradas sombrías,
el Ent, nacido de la tierra, viejo como los montes;
el Hombre mortal, domador de caballos,
el Hobbit mediano, que habita en agujeros.”*

Después de terminar de hablar sobre las razas que habitaban la tierra prosiguió con la Historia de las Tres Edades, la última de ellas dividida en otras cuatro. Le explicó los acontecimientos pasados, y el papel decisivo que habían tenido los Ents al término de la Tercera Edad, cuando de nuevo la Sombra se había cernido sobre la Tierra Media. Habló de Merry y Pippin con cariño, como los dos viejos amigos que le habían llevado a entrar en acción, y en su fuero interno le entristeció pensar que probablemente ellos ya estarían muertos, teniendo en cuenta la esperanza de vida media de un hobbit. Le habló sobre la destrucción de los bosques, la partida de los Elfos, la nueva era de los Hombres, gobernados por Aragorn en Gondor. Habló con tristeza sobre sus compañeros Ents, que día a día se volvían más arbóreos, y con nostalgia de las Ents-mujeres, y sobre Fimbrelthil Pies Ligeros, la más hermosa de las Ents mujeres. Le cantó las canciones relacionadas con la Busca de los Ents, y hubo de reconocer la renuncia de los Ents. Le enseñó a cuidar bien de sus ramas, a andar como un Ent y a hablar como tal, y se sintió feliz de poder volver a hacer todas aquellas cosas. Le enseñó las constelaciones en el cielo y le hizo recitar los países y la geografía de la Tierra Media. Le llevó hasta el Entaguas y a lo largo y ancho de Fangorn, y posteriormente incluso hasta Isengard, donde ambos deambularon durante un tiempo, Bárbol rememorando los hechos acontecidos allí e incluso actuando para que su pupilo lo imaginara junto a él.

Una gran amistad surgió entre ellos a lo largo de este entrenamiento éntico. Bárbol llegó a considerarlo un hijo. Se había sentido viejo, no física sino anímicamente. Se había sentido *cansado*. Pero ahora que había encontrado a un compañero, a un joven Entando que le reavivara el espíritu, le daba la impresión de que él también tenía un lugar en la nueva primavera que se avecinaba. Por este motivo, cuando llegó el momento de elegir un nombre para el Entando, propuso nombrarle simplemente *Narvinyë*, Enero en élfico, “Sol Nuevo”; los últimos rastros de frío que se llevan con el viento los hechos pasados para dar comienzo a un nuevo año, una nueva etapa.

Y Bárbol y Narvinyë vivieron felices durante mucho tiempo, pero finalmente el joven corazón de este último comenzó a inquietarse, y surgió en su interior un maravilloso deseo de viajar y conocer mundo, todas las tierras hermosas que Bárbol le había descrito durante tanto tiempo y de tantas formas diferentes. Y, por encima de todo, surgió una enorme nostalgia, una melancolía que le hacía sentir triste y reducía su profunda y vibrante voz de Ent a un suspiro lastimero. Narvinyë echaba de menos a las Ents-mujeres, aunque nunca las había conocido, y a diferencia de Bárbol aún era joven e impetuoso, y se sentía con fuerzas como para emprender el largo viaje.

Durante un tiempo Narvinyë siguió preparándose, aprendiendo lo que necesitaba saber, descansando y disfrutando de su bosque y de la compañía de Bárbol. Incluso intentaron juntos pastorear a los árboles, ayudarles a despertarse, aunque en la mayoría de las ocasiones no obtuvieron ningún resultado. Pero por fin el día llegó, el día en que se sintió listo para partir.

-Hijo, hijo mío. ¡Cómo me gustaría acompañarte! –se lamentó Bárbol aquella mañana, con tristeza–. Sería maravilloso volver a ver los prados... Pisar la tierra que con tanto cariño cultivaron nuestras Ents-mujeres. Pero soy el guardián de este bosque, que lleva mi nombre, y debo quedarme aquí con él. ¡La juventud! En otro tiempo conocí a un Ent parecido a ti. Bregalad, o Ramaviva, le llamábamos. Ya hace demasiado tiempo desde la última vez que le vi. ¡Te deseo suerte, sin embargo! Cuídate de los peligros que aguardan en el camino, por mucho que los malvados orcos y trolls desaparecieran cuando lo hizo su amo. Cuídate de los mortales, que a veces no quieren entender. ¡Mantente siempre atento al crecimiento de tus ramas, y no pases sed! Hace mucho que no salgo de este hogar. Ya no puedo decirte bien qué encontrarás fuera.

Los Ents no eran criaturas especialmente emotivas, y en sus despedidas nunca se llora a lágrima viva; esa es una molesta costumbre que guardamos los humanos. Ellos han visto pasar demasiados inviernos, y es difícil alterarlos con este tipo de cosas, puesto que el tiempo no es nada para ellos, y son conscientes de que lo más probable es que no sea la última vez que se ven. Así pues, esta despedida sucedió sin ningún tipo de contratiempo, y Narvinyë salió del bosque de Fangorn más tarde aquella misma mañana, a paso vivo y con el ánimo muy alto. Sólo los humanos nos deprimimos quedándonos con lo peor.

Salió poniendo rumbo hacia el este, siguiendo el río Limclaro desde el bosque. Su primer objetivo era llegar a las Tierras Pardas. Ya había escuchado las historias, y era plenamente consciente de que no encontraría allí lo que buscaba, pero era una primera parada que le parecía imprescindible. Descendió por el curso del río durante varios días, parando cuando lo veía necesario para refrescar sus raíces o para dormir, de pie, a la manera de los Ents. El camino le llevaba a lo largo de hondonadas e inmensas llanuras, y la hierba era verde y abundante en las tierras de Rohan. El río le conduciría hasta el Anduin, y una vez allí buscaría alguna forma de cruzarlo hasta la otra orilla, probablemente a nado.

Le llevó aproximadamente siete días a paso de Ent llegar hasta el Anduin, el tiempo previsto. En aquella región el Río corría por un valle pedregoso, flanqueado por altos páramos. No había ningún árbol en varias millas a la redonda, y si los había estaban aislados y no crecían fuertes, al contrario de los que se había acostumbrado a ver en Fangorn. Debido a su gran tamaño y a su flotabilidad, Narvinyë no tardó en descartar la posibilidad de ahogarse. No se podía *ahogar*

a un árbol tan fácilmente. Sin embargo corría el riesgo de astillarse y hacerse pedazos, si perdía el control y se dejaba llevar por las aguas; sabía que podían ser traicioneras y que, más que probablemente, tendría que enfrentarse a unas fuertes corrientes cuando llegara a la mitad del cauce.

Pero aquél no era un Ent normal. Era un Ent joven, alocado, vivaz, nacido en medio de la llovizna de forma prematura, y apenas habían pasado unos días hasta que por primera vez en su vida se le había dado el nombre de Ent y no de Entando. Quizá si la vida hubiera seguido su curso, si se hubiera despertado solo, sería un Ent tranquilo y perezoso. Pero había nacido antes de tiempo, y durante el resto de su vida andaría deprisa y se adelantaría a los acontecimientos, como había hecho al venir al mundo. De forma que se zambulló en el Río apenas sin pensarlo, y puede que se arrepintiera en cuanto entró en contacto con el agua, pero si fue así pronto lo olvidó. Estaba tan fría que casi podía sentir cuchillos clavándose en su piel, si tan sólo su corteza hubiera sido un poco menos gruesa. Salió a flote y agitó sus extremidades tan fuertemente como pudo, sin descanso. Las aguas le zarandeaban de un lado para otro, se colaban entre sus grietas, haciéndole cosquillas –si se hubiera encontrado en una situación un tanto menos peliaguda se habría echado a reír, pero tuvo la prudencia de reprimir esa risa y concentrarse en nadar– y hundiéndole a veces. Veía rocas que podían ser muy peligrosas si se chocaba contra ellas en vez de agarrarlas. Pero al darse cuenta de eso, empezó a utilizar las rocas como asideros, dejándose balancear de una a otra como si fuera mecido por el viento en vez de por agua. Como había previsto al llegar a la mitad una fortísima corriente por poco consiguió arrastrarle, pero su madera aguantó. Puede que si un Ent de madera más vieja hubiera intentado cruzar el río ese hubiera sido su final.

Después de una angustiosa media hora de maniobras delicadas y corrientes y más corrientes, Narvinyë se arrastró penosamente hasta la tierra firme más allá de la otra orilla, salpicándola de agua, empapado. Agitó la cabeza tan fuertemente que, cuentan las leyendas, un pequeño jardín creció allí donde él había descansado, en medio de las Tierras Pardas, un terreno desolado y desolador.

Aquella aventura le dejó impactado durante bastante tiempo y por ello se puso en pie para descansar un rato, confiando en que el Sol secaría su corteza húmeda cuanto antes. Hasta entonces, estuvo temblando de frío.

Dos días después, Narvinyë paseaba por entre la tierra arrancada y la ceniza, los antiguos jardines de las Ents-mujeres que habían quedado arrasados tras la guerra. Durante mucho tiempo buscó algún indicio y se lamentó por sus congéneres, pero no encontró nada. Aun así, en su opinión, aquella breve visita le fue muy útil para recordarle qué estaba haciendo allí, y para concienciarle en su búsqueda. Estuvo razonando durante largo tiempo, y llegó a la conclusión de que, puesto que más al este sólo había tierra yerma y montañas, las Ents-mujeres debían de haber huido al norte. Por tanto, siguió la senda que había encontrado en dirección al noroeste, y muchos días después de caminar a lo largo de aquel erial empezó a ver árboles a su derecha de nuevo. Estos árboles crecían fuertes y sanos, verdes y vivos, y parecían resplandecer por sí mismos, como si les envolviera un halo dorado.

Según sus cálculos aquel debía ser el Gran Bosque Verde, que pasó a llamarse Bosque Negro cuando la Sombra se instaló allí, y, aunque después de la caída de Dol Guldur el bosque había recuperado su esplendor, decidió que aún no le convenía tomar ese camino. Siguió bordeándolo sin abandonar la senda, y pronto comprendió que ésta probablemente conducía hasta la mismísima fortaleza oscura.

“¿Por qué no?”, se dijo. “Hace ya años desde que la Sombra fuera erradicada de ese lugar.” Por una vez, el sentido de la lógica y su instinto de aventurero eran compatibles entre sí, y le llevaron juntos de la mano al sitio en el que, en otros tiempos, jamás hubiera osado posar una raíz.

La fortaleza, que se había erigido en la cima de la colina Amon Lanc (llamada así por los Elfos, y cuyo significado era Colina Desnuda), había caído mucho tiempo atrás, al ser asaltada por la Dama Galadriel de Lothlórien. Ahora ofrecía un aspecto triste, de derrota; había provocado terror, pero ahora sólo era una sombra de la sombra que había sido. Sólo era un mar de cascotes abandonados, y una torre derruida. Narvinyë escaló la colina, curioso, para echar un vistazo. No era un ser especialmente sentimental, y por eso le dieron ganas de reír, de reírse del Señor Oscuro, que había sido eliminado y nunca jamás volvería a gozar del poder que había ostentado. Aun así tal vez una sombra de respeto, o de superstición, le impidió hacerlo. Paseó por entre los muros hasta la caída del anochecer, y entonces la oscuridad le devolvió a Sauron parte de la tetricidad que había deseado para su fortaleza. Pero sólo era un efecto inútil, consideró Narvinyë contemplando la torre abandonada. Aquellas piedras malditas jamás volverían a ensombrecer el bosque.

Bajó de la colina para descansar en algún otro lugar más acogedor, y a la mañana siguiente, cuando el sol asomó por entre las copas de los árboles, consideró la opción de echar un vistazo en el Gran Bosque Verde, al contrario de lo que había planeado, ir directamente al bosque de Lórien. Desde un primer momento había pensado en investigar cada bosque, pero ahora que se paraba a pensarlo comprendía que las Ents-mujeres no se habrían instalado en uno. Ellas cultivaban la tierra en espacios abiertos, y habían sido los Ents siempre los que habían preferido el bosque. Eso era lo que les había separado sin remedio.

¡Si tan sólo hubieran sido más atentos! Si hubieran accedido a instalarse un poco más cerca, o hubieran visitado más a menudo, como habían hecho los Hombres, maravillados ante la belleza de los jardines. Tanto había oído hablar de Fimbrethil Pies Ligeros que casi sentía que la amaba, y aquello le desesperaba y embotaba sus sentidos. ¿A dónde habían ido? ¿Dónde debía buscar? Podía registrar el continente entero, pero siempre le daría la impresión de que se le escapaba algo. Imaginó en su cabeza entonces un mapa de la Tierra Media, y meditó largamente. Desde luego, las tierras más fértiles se encontraban al Oeste, lo que siempre atraería a las Ents-mujeres, y si de verdad habían huido se habrían alejado de la Tierra de Mordor tanto como pudieran. En ese caso, si había posibilidades de encontrarlas en alguna parte, sin duda era en la otra mitad del continente, cruzando las Montañas Nubladas. Y si aquello era así, entonces no tenía ningún sentido demorarse visitando Lórien, ni el Bosque Verde, ni ninguno otro. Debía seguir el camino hacia el norte, partiendo desde Dol Guldur, y una vez se cruzara con el Camino del Bosque Viejo retomar ése y cruzar las Montañas. Eso le

llevaría sin duda a Rivendel, desde donde podría caminar con libertad de tierra en tierra, sin preocuparse demasiado por obstáculos como cordilleras y ríos.

Sin darse cuenta ya se había decidido, y en seguida partió hacia el norte, dejando atrás Dol Guldur y todas las opciones que había considerado. Tal vez aquello fue una suerte, puesto que si hubiera visitado Lórien se habría entristecido. Después de la caída de Sauron el resto de anillos habían perdido gran parte de su poder, y aunque el bosque de Lórien permanecería hermoso nunca podría compararse con la hermosura y la pureza de antaño. También era probable que los Elfos, con tristeza, hubieran abandonado aquellas tierras para siempre, zarpando desde los Puertos Grises hacia las Tierras Imperecederas con el resto de su raza.

Ajeno a todo esto, Narvinyë siguió su camino a grandes trancos, con más prisa incluso que cuando había oído cantar a Bárbol desde su colina, allá en el Bosque de Fangorn, cuando era un pequeño Entando. En realidad, a pesar de todo lo que había sucedido, recordaba su despertar como si hubiera sido ayer, y aunque había cambiado y aprendido mucho desde entonces, algo en el fondo, detrás de su corteza, seguía siendo igual y no creía que fuera a cambiar nunca. Quizá, pensó, ese rincón dentro de sí mismo que permanecía inalterable, y al que siempre podría volver, era lo que los humanos llamaban *alma*, u *hogar*. Aunque caviló mucho sobre aquello, y sobre muchas otras cosas, mientras caminaba, todo ello le preocupaba hasta un límite bien marcado. Miraba el mundo con la curiosidad de un espectador, y en ese momento no estaba pensando en que él mismo era parte de todo aquello que veía.

Sólo unos días después, cuando ya había cruzado decenas de millas, se dio cuenta de que podía haber tomado otro camino más sencillo a través del bosque, remontando el curso del río Nimrodel. Pero ya no podía dar marcha atrás, después de haber llegado tan lejos, así que siguió caminando tan rápido como podía. El terreno se volvía accidentado y pedregoso en algunos puntos, y en otros el Bosque Verde se extendía más allá de sus límites y podía divisarse desde el camino. Eran unas bonitas vistas, y Narvinyë se encontraba a todas horas feliz y enérgico, y respiraba el aire libre con deleite, como lo había hecho Bárbol, la criatura a la que consideraba su ejemplo a seguir, casi su padre. Cada día se alegraba más de su decisión de haber salido del bosque, y aunque a veces lamentaba no haber arrastrado a Bárbol consigo éste había tenido razón al decirle que tenía una tarea que desempeñar allí en su bosque. Le echaba de menos, y deseaba que estuviera bien, y que hubiera conseguido despertar a unos cuantos Entandos a los que atormentar con lecciones énticas.

Había llegado a los Campos Gladios hacía unos cuantos días, y había pensado en cruzar el río para curiosear, pero tuvo suficiente sentido común como para no volver a intentar aquella aventura, forzando por segunda vez a la suerte. Ya estaba cerca del camino que debía tomar para cruzar las Montañas, a un día de marcha. Y aquel último día de viaje le pareció extraño: con el Río rugiendo a su izquierda y el bosque allá a lo lejos a su derecha, y en el cielo un sol enorme que calentaba pero no quemaba, se dio cuenta de que iba a echar de menos aquella etapa del viaje.

Llegó por la tarde al cruce, cuando aún no se había puesto el sol. Miró entonces al Bosque, que pronto dejaría a su espalda, y suspiró, deseando poder visitarlo. En otra ocasión, quizá; cuando volviera de su enorme aventura, podría pasar por allí antes de regresar al lado del viejo Bárbol para relatarle todos sus viajes. Eso le llevó de nuevo a pensar en su compañero, y deseó estar

con él, y contarle cómo casi había sido despedazado por las rápidas aguas del Anduin a sólo unos días de haber marchado de Fangorn. ¡Cómo reiría él con aquello! Bárbol no reía a menudo, pero cuando lo hacía se reía con unas carcajadas lentas y profundas realmente dignas de escuchar. Le llamaría Entando alocado y le regañaría por cometer tales imprudencias, pero en el fondo se sentiría alegre. En aquel momento, Narvinyë habría cambiado todos los hermosos bosques y lugares de interés de la Tierra Media por tener una agradable charla en la colina con él, su único amigo, y de hecho el único ser al que había conocido a fondo en su relativamente corta vida.

Mientras Narvinyë reflexionaba sobre todo aquello el sol se puso, y aunque sentía sus extremidades rameadas un tanto doloridas, decidió seguir y terminar aquella noche con la etapa, amaneciendo al día siguiente al pie de las Montañas Nubladas. Así que aquella noche estuvo de marcha nocturna, andando con sus usuales zancadas de Ent a lo largo del camino mientras las estrellas titilaban en lo alto. Se preguntó entonces por qué descansaba por la noche y caminaba durante el día, si aquella fresca y agradable oscuridad le fascinaban tanto. Miró a la luna, que decrecía, y se planteó invertir su horario de sueño por caminar bajo la luz de aquel fascinante cuerpo celeste más a menudo.

El sol, pensó. El sol es espléndido, brilla, calienta, y convierte el cielo en una bóveda radiante que anima el espíritu y despierta la mente. Pero el sol es demasiado presumido, busca mucho la atención. ¡Qué revuelo monta cada vez que aparece o desaparece, como si todas las criaturas de este mundo tuviéramos que darnos cuenta de sus vueltas y revueltas! Sin embargo la luna aguarda silenciosamente, con elegancia. Si ella entra en escena antes de tiempo puede que incluso la pases por alto, y la veas por casualidad un rato después. Y cuando llega su turno de iluminar los campos se eleva, ahuyentando a la oscuridad, envuelta en ese aura de misterio; con esa luz plateada que tolera la vista, que no deslumbra, sino que fascina, que parece cuidar de todos nosotros aquí abajo. Casi como si fuera el ojo de Yavanna, que vigilara desde los cielos a que ningún peligro interrumpiera nuestro descanso.

Con estos pensamientos el Ent terminó por decidirse, y a partir de entonces pocas veces preferiría viajar de día antes que de noche.

Al día siguiente, en efecto, amaneció sobre las primeras estribaciones de las Montañas Nubladas, y allí buscó un agradable lugar donde descansar durante el día. Aquella misma noche llegaría ya al terreno abrupto de la montaña, y aunque el camino cruzaba la cordillera Narvinyë supo que tendría que pasar por alguna que otra zona más complicada. Buscó a lo largo de la pared montañosa y encontró refugio bajo la agradable sombra de una cornisa que sobresalía de ella.

Varias horas más tarde, al crepúsculo, se puso de nuevo en movimiento, decidido a acabar con esa parte de su viaje en dos, como mucho tres noches de marcha. Como había previsto, el camino le llevaba a veces por terrenos más peligrosos, y entonces ponía cuidado en dónde posaba sus alargados pies y caminaba sin prisa hasta que éste volviera a suavizarse. Hacía frío, y una espesa niebla bajaba en ocasiones desde las cimas más altas, lo que le obligaba a extremar su precaución al andar. A pesar de los pequeños incidentes que tuvo a lo largo de la

travesía, algún que otro rodeo que le apartó del camino, y el hecho de que tuvo que volver a caminar de día para poder ver mejor dónde pisaba, nada consiguió menguar su ánimo de aventurero, y pronto encontró el río Bruinen, al que siguió hasta que al cuarto día divisó el final de la cordillera. Reavivando el paso como si ya se encontrara fuera del peligro siguió descendiendo hasta que superó las montañas. Y entonces se dio la vuelta y las contempló desde allí, como acostumbraba a hacer con cada etapa del camino que dejaba atrás, quizá con la intención de despedirse.

Delante de él se extendía ahora un profundo valle bordeado por los dos brazos del río Bruinen, el valle donde había sido fundada la Casa de Elrond hacía ya tantos milenios. Rivendel seguía siendo un sitio maravilloso, con sus terrazas y balcones desde los que se podía ver el río, sus amplios salones y arcos, el puente de piedra. Sin duda parecía una Casa de ensueño, y Narvinyë pensó que jamás había tenido el placer de presenciar un espectáculo tan bello. A pesar de todo, seguía faltando algo, como si el lugar fuera una hermosa canción a la que le faltara un instrumento para quedar completamente armónica. Narvinyë se preguntó durante un largo rato qué era aquello que faltaba, sin encontrar la respuesta: iba bajando al valle aún siguiendo al Bruinen y no encontraba un solo defecto en aquella vista. Todo se complementaba, todo era puro y fresco, no había nada corrompido.

Fue cuando cruzó el hermoso puente de piedra; allí algo en su mente empezó a removerse, y encontró la respuesta. Sin embargo, esa respuesta no llegó a la parte consciente de su ser hasta un tiempo después: allí faltaban seres vivos, faltaban los Elfos. ¡Habían partido todos! Narvinyë suspiró cuando se dio cuenta de aquello. ¿Cuántos elementos faltaban en aquel mundo decadente? ¿Por qué caía la Tierra Media, una y otra vez, cada vez que una parte de ella desaparecía o navegaba lejos? Sin duda era frustrante y triste, y una pena muy honda se instaló en su corazón. Desearía haber nacido antes para poder contemplar las Edades de mayor esplendor, en las que los bosques abundaban y los Elfos reían, y no había Señores Oscuros ni jardines arrasados, y todas las piezas encajaban juntas en armonía, sin que faltara ninguna. Paseó con tristeza por los terrenos de Rivendel, e inspeccionó cada rincón en que su amplio tamaño le permitía entrar. Escaló alguna que otra terraza para mirar el Bruinen desde allí arriba, e intentó imaginar que era un Elfo de la Tercera Edad. Descansó allí durante muchos días, tantos que dejó que contarlos, puesto que Rivendel producía aquel efecto de relajación en todos los seres sensibles de aquella tierra, y no hubo nunca un viajero que pasara por allí y no deseara quedarse eternamente en el valle.

Pero el tiempo siguió pasando, y aun con mucha pena Narvinyë comprendía que en algún momento tendría que partir, y que no tenía ningún sentido seguir posponiendo ese momento. Se despidió de los árboles y arbustos y edificaciones, de los patios, de las huellas de los Elfos, y no sin una gran pena dio la espalda a Rivendel, como lo había hecho con todos los sitios anteriores que le habían parecido maravillosos, puesto que su único camino miraba hacia delante.

El camino que llevaba hacia el oeste era ancho y seguro, y Narvinyë pudo avanzar muy rápidamente a través de él. El terreno era suave y las tierras verdes y alegres, y en tan solo dos noches de marcha dejó atrás el Bosque de los Trolls y cruzó el río Fontegrís por el puente de aquel mismo nombre. No sabía realmente dónde buscar ahora, pero depositaba todas sus

esperanzas en encontrar algún tipo de pista entrando en el Bosque Viejo. Todo el mundo había oído las historias del Bosque Viejo, y precisamente por ello nadie se atrevía a internarse en él, pero al contrario que al resto, para Narvinyë los rumores de árboles cobrando vida, teniendo conciencia, eran esperanzadores. De forma que a otras tres noches de marcha dejó atrás la Cima de los Vientos, y dos días después se encontraba prácticamente a una noche de Bree. Fue aquella noche cuando tuvo su primer encuentro con un Hombre, pero no fue un encuentro precisamente espectacular.

El Ent caminaba tranquilo, canturreando una vieja canción que le había enseñado Bárbol, cuando tras girar en una curva casi aplastó a una criaturilla bípeda bien pequeña, comparada con él, que conducía una carreta. No muy versado en los asuntos de los hombres de Bree, Narvinyë no entendió en absoluto nada de lo que sucedió después. El hombre, temblando como una hoja, le preguntó en la Lengua Común acerca de su identidad, y Narvinyë se presentó con amabilidad. Después, aún temblando, el hombre susurró algo que sonó a “apártese del camino o me verá obligado a atacarle” y un Narvinyë muy confuso se apartó del camino, como se le había pedido, mirando al hombrecillo con curiosidad. La carreta pasó a su lado zumbando, y pronto se convirtió en un punto negro en la distancia. Él siguió andando, y durante mucho tiempo reflexionó sobre aquel episodio, intentando sacar algo en claro, pero después de un rato lo dio por imposible. “¡Hombres!”, pensó. “¡Bárbol me había avisado ya de que eran algo diferentes, pero nunca habría imaginado nada tan extraño!”.

Prosiguió su camino, por una parte divertido, hay que decirlo. Y por primera vez fue consciente de que no le sería tan fácil pasar inadvertido entre los humanos, o preguntarles sin que se asustaran. En aquel momento todavía no lo necesitaba, pero ¿qué pasaría si no encontraba nada en el Bosque Viejo y se veía obligado a pedir ayuda? ¿Podría acercarse lo suficiente a alguien sin que huyera o, incluso peor, le atacara? Podía meterse en problemas por eso. Desde luego, aunque lo evitara, era un contratiempo que iba a obstaculizar mucho su búsqueda, y no había contado con aquello antes. ¿En qué mundo había vivido Bárbol, si era cierto que había sido capaz de deambular a sus anchas por la Tierra Media sin ser molestado? De nuevo Narvinyë sintió una honda nostalgia, y deseó haber conocido los Días Antiguos.

Dio un rodeo para no pasar frente a las puertas de Bree, y aquel día, cuando despuntó el alba, buscó un sitio donde descansar sin ser visto por los humanos. En el fondo de su corazón, aunque probablemente ni él fuera consciente de ello, estaba decepcionado.

Una noche más de camino le llevó hasta la linde nororiental del Bosque Viejo. A diferencia de los hobbits él no veía la necesidad de entrar por la puerta de la Cerca, y aquello no solo le restaría tiempo, sino que también podía acarrearle problemas con los lugareños. Así que aún sintiéndose como un mal no deseado en aquella comunidad, avanzó hasta que se sintió suficientemente lejos de las Quebradas de los Túmulos, y cruzó la primera línea de árboles con curiosidad, y después la segunda, y la tercera, más deprisa, cada vez más confiado. Había árboles de todo tipo, de todas las formas y tamaños, gruesos, finos, torcidos o inclinados o rectos, pero todos ellos cubiertos de espesas capas de líquen y musgo gris o verde. Al igual que los del Bosque de Fangorn, aquellos árboles parecían realmente viejos.

Siguió avanzando, y le pareció que los árboles susurraban entre sí y se movían, aunque nunca en su favor ni en su contra. Se sentía extrañamente observado, como si cada movimiento suyo fuera juzgado para decidir si era amigo o enemigo.

Narvinyë sabía que tenía que hacer algo para que le reconocieran, antes de que empezaran a desconfiar de él o le cerraran el paso. ¡Si lo hacían nunca podría preguntarles sobre las Ents-mujeres! Sospechaba que aquellos eran Ucornos, y si era cierto aquello suponría una gran ventaja, puesto que los Ucornos eran otra raza de árboles con conciencia que habían luchado contra Isengard, codo con codo con los Ents. Miró al suelo, despejado de maleza. Sólo había allí raíces entrelazadas y tierra. Se distrajo unos segundos con el movimiento de sus catorce dedos de los pies al andar, pero pronto agitó la cabeza y siguió pensando.

¡Sólo se le ocurría una solución! Paró en seco y miró a los árboles a su alrededor: todos parecían haberse quedado quietos, expectantes. Seguía sintiéndose observado. Cogió una gran bocanada de aire y comenzó a cantar. Cantaba en el lento lenguaje éntico, con pena, sobre las Ents-mujeres, improvisando sobre la marcha. He aquí la traducción más aproximada a la canción original de Narvinyë:

*Y Narvinyë nació entonces bajo la lluvia,
Quizá para que así se cumpliera la promesa;
¡Nos prometieron caminar juntos bajo la lluvia que golpea!
Aún no terminan los cantos ni se rompe la rama,
Ni lo harán mientras el guardián de Fangorn viva,
Pero ya es viejo y su corazón se cansa.
Por eso entregó él el don de su recuerdo,
Para que el Entando encontrara lo que los Ents ansían.
Cruzó el río Anduin a nado y las Montañas a paso,
Ha visto la ruina en la sombra y casi ha viajado al pasado.
Con mucho dolor esperan, todos los Ents de Fangorn,
Muriendo ven pasar los inviernos,
Hasta que el Entando vuelva acompañado.
Prometieron tomar el camino que llevaba hacia el Oeste,
Y ahora el Entando sigue sus huellas con desaliento,
De ellas sólo quedan las canciones y la muerte
De los jardines que con tanto cariño cultivaron.
¡Parte Narvinyë todos los días, triste y desesperanzado!
Ha recorrido medio mundo y aún no encuentra su rastro,
Y ningún ser vivo ni muerto le pretende ayudar,
Pero Narvinyë estando sólo no puede hacer nada más.
Por eso, amigos árboles, os suplica esto cantando:
Ucornos del Bosque Viejo, que luchasteis junto a mi padre,
Ucornos semejantes a Ents, por favor, ayudadles.
Hemos caminado mil millas, no venimos a hacer nada malo,
Queridos Ucornos, no podremos descansar
Hasta haberlas encontrado.*

Narvinyë calló, abatido. No podía cantar eternamente, y si aquellos árboles no respondían a su llamada de auxilio pronto se vería obligado a asumir que eran eso, simples árboles, y entonces no tendría la más remota idea de dónde buscar. Había esperado demostrarles al cantar en éntico que no era un enemigo, sino un amigo lejano que volvía en busca de ayuda. ¿Habría sido suficiente con eso?

El bosque empezó a movilizarse entonces, tan lentamente que un observador desatento no habría percibido ningún cambio. Pero los árboles estaban señalizando una senda, conduciendo a Narvinyë a través de la espesura hacia algún lugar desconocido. Y puesto que Narvinyë no pudo apreciar ningún sentimiento hostil dirigido hacia él, ninguna cólera por parte de los árboles, murmuró un rápido “gracias” en éntico y avanzó por el improvisado camino.

Las noticias corrían por el bosque de forma muy rápida entre los árboles, y pronto todos y cada uno de ellos se pusieron en formación, creando una senda que llevara a Narvinyë en aquella dirección aún desconocida para él. Así que éste anduvo y anduvo durante millas, subiendo y bajando, descansando a veces, pero el camino ante él siempre era claro. Durante cuatro noches los árboles le condujeron a través del Bosque Viejo, hasta que en este último día una voz que susurraba empezó a dejarse oír desde un trecho más adelante. Al oír la voz Narvinyë caminó aún más rápido si cabía, estirando sus extremidades tanto como podía a cada paso. Aún le costó un buen rato más llegar al pie de un viejo sauce blanco inmenso, que parecía señalarle con sus ramas, como si éstas fueran dedos. Sus raíces eran gruesas y detrás de él corría un arroyuelo. Narvinyë se plantó delante de él, intuyendo de alguna manera que éste era el Ucorno que le había llamado. Una voz baja y profunda le habló entonces, en voz alta o dentro de su mente, nunca llegó a estar seguro de aquello. La voz no le gustaba. En absoluto. Hablaba con amabilidad al que consideraba su aliado, pero detrás de aquello Narvinyë, un observador nato, percibió ira contenida, crueldad, rencor y sed de sangre. Eran sentimientos que nunca habría esperado percibir en la voz de uno de sus congéneres, algo perfectamente comprensible, puesto que sólo había conversado largo rato con Bárbol y con los pocos Entandos que habían encontrado ellos dos juntos en el bosque. Aun así escuchó de buena gana, puesto que lo que tenía que decirle aquel Sauce era de mucho interés para él.

-Lo lamento, señor Ent de Fangorn—susurró el Sauce—. Hace mucho tiempo que los Ucornos del Bosque Viejo fuimos separados de vosotros, y nos alegra saber que estáis vivos. Sin embargo nos apena saber que perdisteis a las Ents-mujeres, unas criaturas tan hermosas. Si han pasado por aquí, nosotros no las hemos visto; como sabes no nos hemos movido desde los Días Antiguos, y no creo que ellas hubieran conseguido pasar sin despertar nuestra atención. Puede que aquel viejo loco de la colina sepa algo. Mis hermanos te conducirán hasta donde él pueda oírte. ¡Suerte, amigo!

El viejo Sauce blanco calló entonces, y Narvinyë no creyó que fuera a añadir nada más. Una nueva senda se había abierto en otra dirección, y después de darle las gracias y despedirse, desapareció de la vista.

No tuvo tiempo de andar mucho más antes de que el Hombre más extraño que viera en su vida de Ent se mostrara ante él, no sin haberse anunciado previamente cantando mientras llegaba. Al contrario de las canciones y las voces de los Ents, estas tenían un nuevo tinte

alocado, un nuevo sin sentido que resolver, una alegría que chocaba contra la acostumbrada tranquilidad y profundidad de las voces Ents.

Por supuesto, sólo era un hombre ante los ojos inexpertos de Narvinyë, ya que la persona que se encontraba ante él era el eterno Tom Bombadil, ni Hobbit ni Hombre; una personilla saltarina ataviada con ropas brillantes y calzada con enormes botas, de rostro rojo y redondo que se arrugaba en miles y miles de plegaduras creadas por la más amplia sonrisa que Narvinyë había contemplado jamás, y que lucía una barba castaña y unos ojos azules brillantes.

-¡Buenos días! ¿O buenas tardes, quizá? ¡A Tom Bombadil se le pasó el tiempo recogiendo lirios! –comenzó, gesticulando mucho al hablar a través de su enorme sonrisa-. ¿Sabes quién soy? ¡Yo soy Tom Bombadil! Y hace mucho que no veía al viejo Hombre-Sauce cometiendo una buena acción. ¡Enhorabuena! No tendré que cantarle en esta ocasión. ¡Qué bonita voz tiene usted, señor Ent! Acompáñeme a mi casa, por favor, y allí podremos hablar sobre sus dudas tranquilamente. ¡Dudo que quepa por la puerta, claro! Tendrá que conformarse usted con el jardín. ¡Sígame!

El extravagante personaje desapareció de nuevo dando saltos, y el Ent, para nada acostumbrado a correr o a saltar, se esforzó por seguir su paso. Hubo varios momentos en los que se asustó, pensando que le había perdido la pista por completo, pero entonces su voz se elevaba entre los árboles, cercana: “Dol, derry dol! Tom Bombadilló! Sígame, señor Ent!”.

Al medio día Narvinyë llegó por fin, resoplando, al umbral de la casa de Tom Bombadil, donde éste le esperaba con una sonrisa en la cara.

-¡Descansa en el jardín, compañero! Por la noche hablaremos con tranquilidad.

A pesar de estar tan cerca de sus respuestas Narvinyë se sentía exhausto después de tanta caminata, y de buena gana accedió a dormir un rato en el jardín.

Fue Bombadil quien le despertó varias horas después, cuando el sol ya había desaparecido y el bosque descansaba bajo la luz de las estrellas.

-¡Buenas noches, señor Ent! –saludó con una sonrisa que pronto desapareció de su cara, puesto que deseaba tratar temas más serios con su invitado-. Escuche con atención, puesto que llevo prisa: hay más asuntos que requieren mi atención. ¡No puedo escapar a mi deber como Guardián del Bosque Viejo por mucho tiempo!

Esto impactó a Narvinyë, recordándole a su padre, que no había podido acompañarle debido a la misma razón. ¡Bárbol! Si le viera ahora... ¡Estaba ya tan cerca de la respuesta! ¡Qué ganas tenía de volver a su lado! Esperanzado, Narvinyë siguió prestando atención al hombrecillo, pero a medida que éste pronunciaba su discurso la ilusión se diluyó, dejándole a solas en medio de un mar embravecido de tristeza.

-Vivo en este mundo desde que nació. ¡Soy eterno! Recuerdo los Días Antiguos y recuerdo a las Ents-mujeres. ¡Qué encantadoras criaturas eran! Sin embargo, ay, llegas varios milenios tarde, ¡llegas con Edades de retraso! Hace demasiado tiempo desde que las Ents-mujeres abandonaran la actual región de las Tierras Pardas, y con mucha pena he de asegurarte que, en

caso de que se quedaran en la Tierra Media, lo más probable es que hayan perecido. Puede que cruzaran hace tiempo el mar y huyeran a las Tierras Imperecederas, pero también eso me resulta difícil de creer. En todo caso, si lo hicieron, jamás podréis reuniros con ellas, puesto que ya no se puede viajar en barco al continente de Aman. Hace demasiados milenios desde que ellas dieron las últimas señales de vida. Si no han vuelto a aparecer desde entonces, ya no lo harán. Y si vuelven a hacerlo, no será porque las busques, sino porque deseen ser encontradas. Regresa a tu hogar, allá en el bosque de Fangorn, y vive feliz con lo que tienes allí. ¡Despierta de nuevo a los bosques, ayúdalos para que vuelvan a crecer! Puede que una nueva Era de bosques dé comienzo ahora en la Tierra Media, gracias a ti y a tu padre. No busques a las Entsmujeres. Lo que está hecho, hecho está, y si el destino quiere que os volváis a encontrar, lo haréis cuando llegue el momento. Pero ahora, ¡no desprecies lo que tienes! Tal vez hay cosas que estás descuidando por estar demasiado ocupado con otras aficiones, y ése fue el error que separó a tu raza. ¡No lo vuelvas a cometer! Puedes quedarte en mi casa y en este Bosque tanto tiempo como desees, y siempre serás bienvenido aquí, pero es mi consejo que partas pronto y regreses a tu hogar.

Con estas palabras, Tom Bombadil desapareció, dejando a Narvinyë a solas con su tristeza y con su humillación. Y es que había fracasado en su tarea, había fracasado. ¿Cómo volvería a Fangorn solo? ¿Cómo explicaría que no había podido hacer nada? No, no podía volver a casa, ya no. Debía triunfar, aunque fuera imposible, o no volver.

Narvinyë se despidió de Tom Bombadil aquella misma noche, y poco después se puso en marcha de nuevo. Los árboles le acompañaron en dirección norte de vuelta al Camino, guiándole por los senderos menos complicados y apartando las ramas a su paso. Se sentía como un perdedor que recorría las calles de la ciudad derrotado, el perdedor que había decepcionado a su pueblo. Él mismo, por segunda vez en su vida, se sentía decepcionado, pero esta vez, a diferencia de la primera, era plenamente consciente de ello.

Al salir del Bosque le dio la sensación de que los árboles se despidieran de él, deseándole suerte, así que él hizo lo propio. Ya en terreno llano suspiró y miró hacia el cielo nocturno, reconociendo las constelaciones que se le habían enseñado hacía tanto tiempo. Era un árbol sin bosque, un Ent sin hogar. Un Ent sin padre, pensó tristemente, pidiéndole disculpas a Bárbol con todas sus fuerzas.

A lo largo de los siguientes meses mucha gente aseguró haber visto un árbol caminando por las colinas y los bosques de Eriador. Narvinyë deambuló de un lado para otro durante mucho tiempo; tal vez buscando aún a las Entsmujeres, incapaz de terminar con aquello, de cortar definitivamente el lazo que le unía al único sentido que había tenido su vida.

Los rumores se extendieron, y los Sacovilla-Bolsón cotilleaban sobre aquello, aún chismorreando como siempre habían hecho; en el Poney Pisador los Brandigamo y los Tuk, de dos familias hobbits que estaban muy unidas, conversaron sobre el misterioso árbol escondidos tras enormes jarras de cerveza, sin llegar a sospechar siquiera cuán relacionado con ellos estaba el extraño personaje. En Bree los viejos se inquietaban, temiendo el comienzo de una nueva Era Oscura, mientras que los niños se excitaban y salían a los campos a buscarle.

Hasta los enanos de las Montañas Azules llegaron los rumores, y pronto el rumor se convirtió en una leyenda conocida por todos. Los más sabios suponían que un Ucornio había despertado y abandonado el Bosque Viejo, y tras los primeros meses de duda, cuando ningún habitante apareció aplastado ni descuartizado, decidieron que éste no suponía ningún peligro. Mucho tiempo después el árbol llegó a ser adoptado como uno de los símbolos más icónicos de algunas de las comunidades de Eriador, pero triste y sorprendentemente Narvinyë nunca fue consciente de todo esto. Puede que para los niños fuera un héroe, que las palabras “cuenta la vieja leyenda que hubo una época en la que un árbol viviente..” sirvieran para empezar los cuentos para dormir preferidos por todos, pero Narvinyë nunca más volvió a considerarse a sí mismo nada más que un perdedor.

La última vez fue avistado cerca de los Puertos Grises, y después de aquello, ningún mortal volvió a encontrarle.

A lo largo de cientos de millas Narvinyë bordeó el mar, ocultándose del resto del mundo, oteando el horizonte, de nuevo deseando haber despertado antes, *culpándose* por no haberlo hecho. Unos años antes y habría podido seguir a las Ents-mujeres a lo largo y ancho del mundo, pero ahora sólo podía quedarse allí, frustrado, esperando en una tierra a la que no pertenecía. Y es que él prefería pensar que ellas no habían muerto, que se habían marchado hacía tanto, tanto tiempo que ya no recordaban cómo volver. Prefería pensar que algún día volverían, y en su mente interpretaba las palabras de Tom Bombadil como más le convenía, convenciéndose a sí mismo de que cuando llegara el momento ellas regresarían.

Así que ahora esperaba, bordeando el mar, primero de sur a norte, luego de norte a sur. Como un centinela incansable. Como el Guardián de la Costa, hijo del Guardián del Bosque. Prefería ponerlo de aquella forma, pensar que se quedaba allí en vez de volver a casa porque tenía una misión que atender, al igual que la había tenido su padre. Y pasaba los días y las noches mirando el mar, las incansables olas, la luna, el sol, las estrellas; y de cuando en cuando la tierra que tenía a sus espaldas. El sol acabó por tostar su corteza y sus hojas se marchitaron ligeramente, después de tener que sufrir muchas veces el agua de mar para refrescarse cuando patrullaba lejos de todo río de agua dulce. Finalmente su aspecto cambió tanto que, incluso si se hubiera encontrado cara a cara con su padre, habría cabido la posibilidad de que éste no le reconociera. Si se hubiera reproducido entonces una nueva raza de Ents, los Hijos de Narvinyë, habría surgido.

Un sol frío de invierno brillaba en el cielo el día en que Narvinyë alcanzó por última vez la desembocadura del Río Brandivino. Tal vez por la curiosidad de saber qué había más allá, o tal vez por el deseo de volver a cruzar a nado un río, esta vez no dio la vuelta para reemprender su marcha de vuelta hacia el norte. Siguió el curso del río hacia el noreste, en busca de un lugar más apropiado donde saltar, con un cauce menos ancho y unas aguas más tranquilas, quizá. La Última Marcha del Ent, podríamos llamar a la etapa final de su viaje. Después de varias millas encontró un punto que le satisfacía, y allí se zambulló en las aguas, con sus escasas hojas azuladas y su corteza curtida por el sol. El trayecto se le hizo interminable, y no encontró esta vez tantas rocas a las que aferrarse. Al final optó por dejarse llevar por las aguas mientras avanzaba sin prisa hacia la otra orilla.

Cuando finalmente la alcanzó estaba al límite de sus fuerzas. Se arrastró como pudo, milla a milla; algo le impedía detenerse, por muy exhausto que estuviera. Y entonces los árboles empezaron a aparecer. Primero eran pocos: individuos solos o parejas, grupos aislados; poco a poco un fue adentrándose en un bosque espeso.

Estaba maravillado. Los árboles se erguían muy separados unos de otros, y entre ellos crecía la hierba más verde y fresca que había pisado nunca, y había flores de todos los tipos y colores, tan variadas que había especies que ni siquiera reconoció. ¡Aquel bosque realmente parecía un jardín! Los árboles, muy viejos y con unas cortezas también tostadas, más tostadas incluso que la suya, agitaban sus ramas y casi parecían susurrar, o quizá era efecto del viento. Las flores se agrupaban a veces por especies o tamaños, y en otras ocasiones parecían estar mezcladas entre sí con el propósito de crear la más hermosa composición de color. En algunos tramos había incluso árboles y plantas frutales. Todas aquellas plantas crecían sanas y fuertes, como lo hacen sólo las que están mejor cuidadas, las que se riegan con más cariño. Y al observar esto, algo en su interior se relajó, y una chispa de alegría iluminó su corazón. Siguió caminando entre los árboles, con lágrimas de emoción en los ojos, hasta que su paso despreocupado, aparentemente sin rumbo, le llevó hasta un pequeño claro.

Un árbol hermoso y grácil crecía en el centro, rodeado de flores y helechos. Era fino y esbelto, y sus ramas de hojas grandes se mecían al viento, aunque en ocasiones parecían balancearse independientes de él, como si ejecutaran una hermosa danza.

Narvinyë lo miró durante mucho tiempo, hipnotizado, hasta que después, lentamente, se adentró en el claro y se colocó a su lado. Tenía sueño. Y aquel parecía un buen lugar para descansar.

Shhhh....

Las ramas del árbol seguían bailando en su danza única, hipnotizándole. Sin duda aquél era el lugar donde debía quedarse.

Shhh...

El último acto prematuro que realizó el Ent Narvinyë, hijo de Bárbol, antes de sumirse en el eterno sueño de la arborización fue cerrar los ojos, cuando aún le habría quedado mucho, mucho tiempo por vivir.

Empezaba el mes de enero en la Tierra Media, y muy lejos de allí, en otro bosque en la otra punta del continente, un padre despertó de su descanso nocturno, y al hacerlo no pudo explicar las gruesas lágrimas que se deslizaban por sus rígidas mejillas, empapando su barba de liquen.